

Entre el norte y el sur

Marco Antonio Gutiérrez Gutiérrez



Capítulo 1

Entre el norte y el sur

Cuando llegó ya había muerto, hasta ya lo habían enterrado. En el patio, Francisca lo ve venir, está segura que es él; deja la mazorca que está desgranando, cierra las piernas y abandona la butaca. Antes de salir, con una vasija pasa a recoger agua de la palangana, y la usa para lavarse los pies. Al verla, "la República" que dormita va tras ella. Todavía ajustándose el mandil, sale a la puerta, justo cuando el tipo joven parece confundido buscando algo. Se cree que ella habla con la perra, pues es la que está a su lado.

__Es su vivo retrato, hasta la barba__

Al verla, el tipo baja el bolsón para saludarla; por su parte, ella lo llama con señas, que se acerque. Alerta, la perra para las orejas, luego, al ver el humo del cohete que explota lejos, como a dos kilómetros, sale corriendo a buen paso buscando el lugar. Pensando que el fuereño quiere saber, ella le dice, alargando el brazo.

__Es el casorio de Pepe Luis, se va los tres días que dura la fiesta__

Los dos voltean a ver que "la República" ya va remontando la veredita todo hacia arriba. Luego dispuesta a averiguar, intenta hablarle, pero no puede hacerlo, porque un hombre ya viejo, con paso lento y gritándole, pasa por ahí con una ensarta de tilapias

__ ¡Paquita, allá abajo viene Francisco José, traí una!__

El viejo se detiene. Con esfuerzo trata de identificar al extraño, lo mira de arriba abajo, pero ya no habla; siguiendo su camino otra vez. Antes de volver nuevamente con el forastero, Paquita se fija en el asno que viene por la pendiente, viene bajando con un tercio de leña a cada lado, azuzado por Paco Lucero, "el mil amores". Arriba, sobre el camino que se mete hasta el último poblado de la región, la camioneta de pasaje hace sonar la sirena para que sepan que ahí va, solo que ahora no hay nadie esperándola. Confiada en que no habrá otra distracción, Francisca, Paquita, quiere asegurarse si es, quien ella cree que es

__Manu dejó dicho que vendrías__

Incluso pretende seguir hablando, pero por la parte de atrás, en el corral, Francisco José le grita mostrando una morraleta, que está asegurada con bejuco por la boca

__ ¡Paquita, traigo una!__

Seguramente el contenido del morral es de suma importancia para ella, porque, olvidándose del recién llegado, Manu el hijo del finado, de repente, ya está cerca del tal Francisco; lo primero que hace es arrebatarse el morral, como si tratara de que no se le fueran adelantando, porque luego se le ve tranquila, y luego aprovecha para decir a Francisco José.

__Ya llegó__

Este, sorprendido, sin saber de qué se trata, la queda viendo confundido, por lo que ella insiste.

__El hijo de Manu__

Francisco se despoja del sombrero raído y espía a su alrededor, tratando de localizar al hombre. Atenta, viéndolo que desde donde se encuentran no podrá observar a Manu, Paquita le dice.

__Allá del otro lado, en la puerta; digo que es él, porque trae la barba "rezurada" igual que él__

__ ¿Estás segura?__

Responde Francisco.

__No "váyamos" a entregar todo a otro que no es, hay que precaver__

Paquita insiste, diciéndole.

__ ¿Recuerdas cómo le quedaba la cara a Manu después de "resurarse"?, igualito la lleva este__

__ ¿Sí?, no vaya a ser que la historia se repita, porque también la María Mar sacó bastante de la María__

Responde Francisco.

Ni cuenta se dieron que José María ya estaba cerca, si no es porque dice.

__A lo lejos pensé que era el sevillano, que hasta un adormecimiento de las canillas me dio__

En un principio se asustaron, pero viendo que era él, inmediatamente recobraron la tranquilidad. José se voltea para mostrarles la parte baja de la espalda, luego quejándose, se quiebra hacia atrás y entre quejumbros

les dice.

__Tengo un dolor en la rabadilla, que por ratos siento que se me sube por todo el espinazo__

La mujer le pide que regrese y entre por la puerta, porque es claro que llegó buscando cura; claro que también le interesa indagar sobre el fuereño. Por su parte Francisco José, se retira, hostigado por el calor, camino a su casa va desabrochando su chaqueta de trabajo.

Cuando ella entró a la casa, ellos, José María y el hijo de Manu, sin hablarse ya estaban sentados frente a frente. Inmediatamente, ordena al paciente.

__Pepe, afloja la faja y te pones boca abajo__

Mientras ella unta en sus manos, crema de un frasco, pregunta al recién llegado.

__ ¿Entonces muchacho?, no has dicho tu apelativo__

Entretanto en el planchón, atento, José espera las manos que habrán de aliviarlo.

__ ¿Qué te trae por acá?__

Dice Francisca, interrogándolo otra vez.

José se mueve tratando de lograr la mejor posición para oír, en el momento en que el muchacho responde.

__Manuel Rodríguez, así me llamo; me llegó la noticia de mi padre enfermo, por eso estoy aquí para auxiliarlo__

A lo lejos, las explosiones por el casorio siguen

__Si eres quien creo que eres, llegaste tarde__

Dice la curandera, aplicando toda su fuerza sobre el cuerpo de José, a quien le informa.

__Es enfriamiento de hueso que tienes__

Y va siguiendo toda la columna hasta abajo. Estilando sudor de la nariz y acezando, aprieta con ahínco el entramado de huesos; al mismo tiempo que aprieta, le habla al hijo del finado Manu.

__Ya hasta lo enterramos, esperamos tres días__

El muchacho no dio señales de aflicción, más bien se le notaba aburrimiento, como que estaba urgido por irse. Ante su silencio, Francisca suspende un momento la trallada al enfermo y antes de volver, voltea a verlo y le dice.

__Cualquier hijo de dios puede ponerse Manuel Rodríguez, pero no cualquiera se parece a Manu__

Y vuelve a colocar las palmas de las manos en el entramado de huesos; luego deja ir el cuerpo, aumentado la presión; José María deja escapar un quejido, como si le hubieran metido un puñal, por lo que ella le dice.

__Parieras un hijo Joseíto, ahí, si vieras lo que es dolor, soflamero eres__

Pero el hombre sigue quejándose sin hacerle el mínimo caso

__Si es que quieres saber, tendrás que esperar a que termine con este gañán__

Le dice al huérfano, refiriéndose a José, que está tendido en el planchón boca abajo.

__ De una vez te adelanto que feneció de tristeza__

Sin atenderla sentado en la butaca, sin ninguna emoción, Manuel Rodríguez decide cerrar los ojos. Pero pronto vuelve abrirlos, cuando María mar, entra hablando asustada

__ ¡Me acaban de informar que lo vieron, seguro es su espíritu que todavía no se va!__

Llega hasta donde Francisca insiste en sacar la frialdad de los huesos; que para lograrlo, ha puesto en la rabadilla del paciente, la palma de la mano untada de una crema, luego extiende el otro brazo, abriendo y cerrando la mano, según porque así saldrá el frío; ordena a José que diga con toda su fe, "vas a salir", después de lo que ella hable

__ ¡Por la fuerza del calor, vas a salir!__

Dice ella.

__ ¡Vas a salir!__

Contesta José.

Atrás, en la butaca, el hijo del difunto, se ha interesado en la muchacha; de pronto, al verla, siente que una sangre nueva empieza a regarse por todo su cuerpo, desplazando a la otra, vieja y sucia

__ ¡Por la fuerza del calor, vas a salir!__

Vuelve a decir la sobandera.

__ ¡Vas a salir!__

Contesta otra vez José.

María Mar con respeto, camina hacia atrás, para no entorpecer la labor, pero entonces decide, mejor ir hacia el rincón en penumbras, al voltearse para dar el primer paso, la silueta borrascosa del fondo la inmoviliza; incapaz de cualquier cosa, solo siente miedo y soledad; cuando ve que la silueta se pone de pie, quiere gritar pero no puede; finalmente un grito que aterra, sorprende a los demás.

__ ¡El alma!__

El grito es aterrador pero al mismo tiempo compasivo. En suspenso, los demás se preguntan atentos en ella, el motivo del desfiguro. Manuel sale a la claridad; mientras José María termina de ajustarse el pantalón, Francisca llega a donde María ha pasado del miedo a la sorpresa

__Este es Manuel Rodríguez, sucesor de Manu__

Le ha dicho Francisca a María mar.

Esas palabras hacen que a la muchacha le arda la cara de vergüenza, pero una vez repuesta, progresivamente mirándolos a todos dice.

__Es que es el mismísimo Manu__

Y después, mira con minuciosidad, la cara ensombrecida por la huella de la barba cortada recientemente.

Francisca va saliendo al patio, lo que impulsa instintivamente a José María a seguirla, ante eso, María Mar duda; el otro como se sabe extraño, no se mortifica. José María agarra la morraleta y va tras ella, siguiéndola. En el patio le pregunta.

__ ¿La dejo lista o nomas muerta?__

Sin contestarle, como si no lo hubiera escuchado, Francisca va nuevamente a la casa, que es cuando Manuel la ve caminar y logra observar que cojea muy levemente. Solo cuando la distancia es suficiente

entre ella y él, es que, de espaldas le dice a José.

__ ¡Solo máatala; me la traes! __

Al pasar cerca de Manuel, arrastra una silla consigo hasta el centro de la casa, donde está parada María. Sin sentarse todavía, dice.

__ Bueno muchacho, acércate __

María hace el intento de irse, pero es detenida en el acto por Francisca, que le ordena.

__ Tráete la butaca __.

Con la vista puesta en María Mar que va por la silla, Francisca le dice a Manuel.

__ Aunque tu padre dijo que vendrías, a mí no me convence tu apariencia de indiferencia __

__ Mi madre falleció hace años, y apenas conocí a mi papá, se fue siendo yo un niño __

Responde Manuel.

Un grito venido de fuera pone en alerta a María, que sale corriendo

__ Aquí llegó siguiendo a María, la mamá de ella. Por más que hubo confianza, nunca contó su historia __

Recordando todos los momentos sucedidos desde su llegada, Manuel la escucha, poniendo énfasis en el sutil renqueo que le observó hace un momento, cuando venía para adentro. Está seguro de verle en la cara una ligera contracción, sobre todo cuando la pierna izquierda se le mueve

__ Aunque la abandonó, María nunca dejó de querer al papá de María Mar; Manu se conformó con verla __

Con una víbora colgándole de la mano, José se ha hecho presente; con prudencia espera un poco

__ Paquita aquí la tienes __

Luego sale a desgranar las mazorcas, arrastrando el costal hacia un sitio que le permita escuchar lo que se diga; el día está nublado, tal vez haya lluvia.

Pasa el filo del cuchillo por todo el vientre, sin tocar la cabeza; al abrirse la carne, empieza a desollarla, jalando la piel con el cuchillo adentro, entre el cuero y la carne

__José, siempre husmeando el chisme__

Es porque el hombre se ha colocado en la puerta con el costal de mazorcas, aparentando que tiene fijo el pensamiento en lo que hace. De un grito, lo obliga a presentarse delante de ella, llegando José por detrás

__Cuélgala en el patio, dentro de una bolsa de plástico, que se oree__

Se retira a colgar la víbora, mientras Francisca se queda con la piel

__Así vivió tu papa te decía, hasta aquel día; María empezó con un mal desconocido, cada día peor hasta que falleció, nunca sintió dolor__

Pidiendo algo, un niño aparece en la puerta de la calle, atrás de él, María Mar pasa a despedirse de Francisca; ahora el niño, cuando se van, queda detrás, insistiendo en lo suyo

__Es Diego, hijo de María Mar y Pepe Luis, el del casorio__

Luego de la aclaración, sigue contándole de la vida de Manu en el Bergantín

__Se volvió solitario, sin alegría, fue cuando dijo al aire, que extrañaba Sevilla__

Manuel la escucha interesado, pero también siente curiosidad por la víbora

__Yo hubiera deseado que mi difunto marido, me quisiera así, ini un hijo me pudo hacer el mantenido!__

De pronto se escucha por el lado del corral, la batalla entre perros que ladran embravecidos por la hembra; cumpliendo la orden, José logra alejar la manada con chorros de agua enjabonada

__Hay hombres que valen la pena, poquitos pero hay, solo que, somos tantas que no alcanzan__

Ahora que no habla, Manuel da cuenta del silencio que abarca toda la casa; al quedarse inmóvil, no escucha ningún sonido que venga de más allá; todo el Bergantín está en silencio; procurando no interrumpir el vacío, mira que una hoja solitaria colgada de una rama, se debate al

recibir el impacto del viento

__Después que dijo eso, ya no fue el mismo, casi no comía, andaba errante en todas esas vereditas que viste cuando llegaste, sin hablar__

Viene preparado por si hay que quedarse, por eso en el bolsón trae varias mudadas, pero no pensó que llegaría tarde, cuando su padre ya fuera finado y enterrado; ahora, salvo que esa mujer le dé posada, no tiene donde pasar esa noche; salir del Bergantín ahora es muy difícil, a menos que lo haga caminando; comienza a impacientarse cuando la señora sale atender al hombre que llega; el vestido no muy largo de Francisca, le permite suponer que tiene las piernas largas y delgadas, de pantorrillas tenues, pero macizas; no entiende por qué renquea, las piernas además de bonitas, se ven sanas.

__Es Paco Lucero que vino por su caldo, acompáñame vamos al fogón__

A los diecisiete años, Manu preñó a la madre de Manuel, por lo que Francisca cuando mucho, le lleva catorce años; al pasar junto a José María, se detiene para ver dentro del costal

__Con eso es más que suficiente, te espero entrando la noche para la segunda sesión__

De repente al pasar Manuel, sus miradas se encuentran; el hombre es mayor que Francisca pero tiene brío. Manuel sigue adelante, atrás de la mujer que ya va entrando a la cocina, siguiendo un impulso voltea, solo para encontrarse con la ira contenida del hombre, que amarra el costal para irse

__Vi como mirabas a María Mar, pero ella vive y muere por Pepe Luis, aunque se esté matrimoniando con otra__

Aviva el fuego a punta de soplidos, una vez que ve que es suficiente, coloca la olla; recargado en el trastero, Manuel la observa tantear el caldo; por primera vez desde que está en la casa, descubre a la mujer que tiene enfrente

__Es caldo de víbora, muy bueno para el azúcar y el enfriamiento de hueso__

Le pide que esté atento, mientras ella va por granos de maíz, llamando con pequeños sonidos a las aves, que se alborotan en el gallinero.

Conteniéndose, introduce el cucharón de madera, el escalofrío que siente es por los impactos de los trozos de carne que chocan al girar la cuchara; el vapor impregnado de grasa que se desplaza hacia él, a través del aire, le produce náuseas y un dolor en la nuca; un sudor frío lo empapa,

sintiendo que se le va el color. Ante la evidencia de vaguedo, Francisca lo toma por detrás; sin importar su estado, Manuel siente en la espalda las curvas de su cuerpo

__Voy a llevarte a mi cama, sirve que ahí platicamos, luego que el caldo llegue a su punto__

Quita llave, porque su cuarto siempre se halla cerrado.

A las dos de la tarde sale de su dormitorio; de inmediato entra a la cocina, donde el caldo mantiene su calor, gracias al fuego que paulatinamente ha ido perdiendo intensidad, hasta quedar convertido en un puñado de carbón, entre un cumulo de ceniza. El hombre que ha entrado, de golpe se nota que trata de llamar la atención; lleva los botines muy bien lustrados, antes de sentarse se asegura del lugar y llama con fuerza

__ ¡Francisca!__

Sobre la mesa deja los lentes oscuros, procediendo a limpiarse los ojos con un pañuelo perfumado; el movimiento hace que se escuche el sonido metálico de los enormes aros de la esclava, que continuamente golpea sobre la mesa

__ ¡Paco Lucero, galán de galanes!__

El sujeto respira hondo y calado, luego asume una posición de actor principal de novelas; cuando Francisca llega con el caldo, él quiere respuestas, sobre todo, ahora que se ha enterado que un hombre joven llegó a su casa

__ ¿Que ha llegado un tipo con toda la pinta del difunto de Sevilla?__

__Sí, es el hijo de Manu__

Ella trata de cambiar el rumbo de la plática, metiéndose en el asunto de la enfermedad de él

__Ya estoy haciendo el preparado, para que de una vez quedes bien__

__ ¿se fue o sigue aquí?__

Si no tienen los mismos años, la diferencia es poca entre ellos, solamente que Francisca no demuestra interés, como él

__Aquí en mi casa, en mi cuarto__

__Dicen que es el vivo retrato del Sevillano, tu siempre quisiste tener al

papá, conozco tu secreto__

Ese hombre ha tenido muchas mujeres, y siempre ha querido vivir con ella, pero no ha podido. Dispuesta a terminar con años de asedio, toma asiento, quedando de frente

__Ah, Paquito, no todas pensamos igual, no sé qué te ha dado por creer que dormiré contigo__

El caldo corre el riesgo de transformarse en sebo, si no se consume ya

__Si bien las del Bergantín somos, en razón de cinco a uno, más que ustedes, no significa que estoy urgida por llevarte a mi cama, mal haya__

En realidad, Lucero no es un hombre de respeto, su falta de cordura, motiva que lo detengan para guasearlo; cuenta sus mentiras como ciertas, convencido que dice verdades; nadie lo ha visto de mal humor, pero es encajoso, especialmente con Francisca. Comienza a tomarse el caldo a cucharadas, como si no lo hubieran mandado al diablo, empero, se detiene al escucharla

__Tengo el poder para echarte, tú decides__

Una súplica los obliga a volver la vista; para esa hora, la nublazón ha vuelto misterioso el lugar, más que de costumbre

__Auxílieme por favor doña Francisca, siento mareos__

Ella se apura para ir a encontrarlo, pero Paco Lucero parado, se queda tiritando, viéndolo, convencido de que es Manu, a pesar de que le ha dicho que es el hijo; en ese momento se da cuenta que no puede competir por Francisca y regresa a seguir comiendo.

Con gente venida de varios rumbos, el pueblo se formó hace varios años; se asentaron en un hondo, pero pronto fueron apareciendo en la pequeña ladera, sin orden, casas e infinidad de veredas cortas que llevan para todos lados. Un tiempo todo fue normal, si acaso, las mujeres superaban en dos o tres al número de hombres. Un día murió el primero, luego, fueron cayendo uno tras otro vertiginosamente, no tenían modo de evitarlo, la región estaba cundida de víboras; hasta que Francisca empezó a curar con el reptil, que fue cuando empezaron a capturarlas y a vivir de comerciarlas, es que pararon las muertes por mordedura, cuando quedaban muy pocos varones. En un principio era un pueblo sin nombre, pues no se ponían de acuerdo, pero luego, pensando en honrar la laguna que tienen tierras abajo, acordaron por unanimidad que se llamara, "el Bergantín".

__Es voluntad de tu padre que recibas lo que dejó__

Van caminando a la casa en que Manu habitó siempre, junto a la de Francisca; al desatarla, la puerta se abre como si una mano la hubiera jalado, Manuel duda, pero enseguida entra después de ella, que va decidida, con aplomo.

__La casa es tuya, pero no puedes venderla, lo verdaderamente importante según sus palabras, es el cofre__

Así es que, tratan de localizarlo en la semioscuridad; quien lo encuentra, bajo una capa es Manuel, que rápidamente hace por abrirlo

__No Manuel, también es su voluntad que antes, escuches lo que voy a decirte__

Espalda con espalda, se sientan en la hamaca y Francisca empieza, diciendo.

__Cuando María Mar, la mamá, Murió, Manu perdió la alegría, era como si no viviera; atrás de la casa está la piedra, ahí se sentaba por horas, sin hablar, solo de repente decía que Sevilla estaba al norte__

Parece ser que el recuerdo le trae tristeza; se queda un largo rato sin hablar, quieta, luego reacciona, señalando un rumbo dice.

__Ya después supimos que no, que Sevilla queda rumbo al sur; pero yo siempre creí su dicho ese, de que era Sevillano__

Ahora parece divertida. Se le ve sonreír.

__Como no, si se terminaba seis navajitas en una sola "rezurada"__

Recostada, mueve la cabeza. Volviendo a sonreír.

__Se paraba estirándose todo hacia arriba, luego, con una mano en la cadera y la otra extendida hacia el frente, girando la muñeca, levantaba el mentón__

Continúa comentando.

__Se iba dando pasitos para adelante, luego se detenía, taconeaba rapidito a la vez que golpeaba las palmas de las manos, una contra la otra, daba un giro y gritaba ¡olé!__

Escuchándola, Manuel comienza a pensar en sí mismo y siente miedo de perder la racionalidad, de dejarse llevar por los impulsos, pero siente por dentro una fuerza que no puede controlar; inconscientemente, sin control,

en la línea de la demencia, manifiesta.

___ ¡Es la sangre!___

Al escucharlo, Francisca siente que un fuego atroz recorre sus venas y voltea dispuesta a todo, pero se detiene, cuando como apoderado por algún espíritu, Manuel abre la tapa con firmeza, todavía excitado, saca la hoja que tiene letras escritas a mano y las expresa de una manera que supera la razón.

___! Sevilla i___

El muchacho con facha de español, se maravilla con las luces de colores que salen de la caja; y deja de sentir, cuando advierte que algo lo abandona, como si su cuerpo flotara sin peso, introduciéndose en el pequeño baúl; al alcanzar el fondo, ya no es el cofre, este se ha convertido en un puente en el que camina encima de un río muy ancho, al salir, pronto, un letrero le avisa que camina sobre la avenida Juan Pablo Segundo; la gente parece no verlo a pesar de que les habla y se pregunta, porque él tampoco los escucha; insiste en que sepan, que él está ahí; a pesar de estar angustiado se queda inmóvil, mirando a uno y otro, hasta que lo ve venir; deja que llegue y se va a su lado, caminan unos pasos y le dice.

___ ¿puede decirme dónde estoy?___

El silencio es absoluto, como si no hubiera vida.

Desesperado, intenta tomarlo del brazo para obligarlo a contestar, solo que, su mano traspasa la carne del hombre; entonces la soledad lo invade. Sabe que debe caminar, buscando especialmente un lugar que no conoce; como si fuera un robot, llega a ese lugar y siente despertar sus instintos; con avidez trata de abarcar todo con la vista, talvez presintiendo algo, porque ve venir a un policía abriéndose paso entre la gente; ahora es que nota, que sus oídos ya empiezan a funcionar, cuando el policía ha apretado el paso y está casi encima de él. Y viene gritándole.

___ ¡No debéis estar aquí, volveos, que la Plaza de la Alfalfa os digo, no es para vos!___

Puesto que no es su deseo vivir un enfrentamiento, echa a correr de vuelta, huyendo del guardián. Después de correr un buen tramo se detiene, doblado hacia el frente jala aire desesperadamente y sin reponerse aún, siente en el pecho una opresión, y todavía escucha que entre sollozos alguien dice.

___ ino, otra vez no!___

Es tan vívido, que el gendarme ha desaparecido, apareciendo en su lugar la cara afligida de Francisca que rozándole el rostro le dice.

___ ¡Benditas las santas escrituras, no estás muerto!___

Siente entre sus dedos la textura suave de la hoja extraída del cofre, que fluye vehemente en una sola palabra-**iSevilla!-**.

Fin